

HUMBERTO SALVADOR

LA MUJER SUBLIME

(Cuento)

El Puerto estaba de fiesta. Los hombres tenían la ilusión de admirarla. La muchacha proclamada por un jurado selectísimo como "la mujer más hermosa del mundo", llegaría durante las últimas horas de la tarde.

Los centros sociales hacían preparativos para agasajarla. Las empresas comerciales querían que "Miss Universo" recomendara un perfume, un jabón o cualquier artículo de tocador que fuera caro, y para conseguir tal privilegio, no vacilarían en ofrecer a "la reina de la belleza" generosos obsequios o cheques de alto valor.

Se había formado un Comité compuesto por destacados elementos sociales, con el objeto de elaborar el programa de festejos. En esa entidad predominaban los hombres maduros, y era conmovedor el mirar a los caballeros de edad avanzada, casados, con varios hijos, influyentes y ricos, entusiasmarse por el encanto de una chica de veinte años, y soñar con el amor de ella, cual si fueran lozanos adolescentes. En lo insondable de los hombres siempre existe un niño que anhela encontrar en la mujer, aún en aquella que está distante y es inaccesible, a un sustituto de la madre. Rara vez envejece la efectividad, y al final de su existencia, el ser masculino siente el potente hechizo de la adolescencia femenina.

Reacciones más complicadas se operaron en el interior de un considerable número de muchachas. Un secreto anhelo las impulsaba a acercarse a la mujer elegida; apreciar su belleza; alcanzar la suerte de obtener un autógrafo, y poder contarla entre sus amigas, así fuera instantánea y vaga esa

amistad. Pero otra corriente efectiva, acaso más intensa, las llevaba a mirar a "la reina" con sorda hostilidad; a creer cada una que ella era más hermosa, y tal vez a desear inconscientemente que una catástrofe destruyera la gracia de la soberana.

●

Dos días permaneció "Mis Universo" en la ciudad, pero estos resultaron muy cortos para que ella pudiera atender a sus compromisos sociales. De hecho no pudieron celebrarse algunas fiestas, y dos o tres familias de la "élite" lamentaron el que "la reina" se hubiera excusado de asistir a las recepciones que pretendieron dar en su honor. Sin embargo, estos pequeños fracasos quedaron oscurecidos, ante la magnitud del gran acontecimiento social que fue el baile de gala que el "Topacio Club" ofreció a la primera dama de la belleza.

Los preparativos se habían hecho con bastante anticipación. Cada señora que se consideraba "distinguida", puso especial cuidado en seleccionar los vestidos que llevaría en la noche sin igual. Cada muchacha exigió a los padres cuanto pudo, a fin de que sus encantos estuvieran engalanados con una excelente presentación. Cada uno de los jóvenes invitados cuidó de que su traje de etiqueta fuera irreprochable. Y aún cada hombre maduro hizo cuantos esfuerzos pudo, para dar la impresión de que aún conservaba el vigor de la juventud.

●

Aquellos salones constituían un brillante alarde del humano esplendor. La riqueza había realizado un espléndido derroche. Parecía increíble el que se hubiera gastado tanto dinero en flores. Fueron contratadas las dos mejores orquestas de la ciudad. La iluminación era tan radiante como la claridad del día.

En ese palacio del gran mundo se reunieron las personas cuyos nombres significaban influencia, fortuna y poder. Ahí estaban los hombres que solían ocupar los altos cargos del Gobierno. Los acompañaban las mujeres cuya voluntad, siempre desconcertante y caprichosa, dirigía a la sociedad.

—¡Es un acontecimiento!,— dijo Gustavo Esparza a su íntimo amigo.

—¡Extraordinario!, — respondió Jorge Pizarro.— ¡En mucho tiempo no se ha dado una fiesta así!

Ambos anduvieron por los salones. Iban saludando con distintos amigos, y hacían esfuerzos por merecer las sonrisas de las lindas muchachas. En el saloncillo destinado a los licores, la primera copa de champaña la tomaron por la belleza internacional cuyo hechizo sirvió de fundamento para que se organizara el magnífico baile.

—¿Ya vino Leonor?— preguntó Jorge.

—Seguramente no está aquí, porque se considera muy elegante el llegar tarde a una fiesta,— respondió Gustavo, sonriendo. Y cuando se disipó la sonrisa, una imagen de la mujer nombrada adquirió claridad en su interior. Ni aún considerándola con buena voluntad se le podría llamar guapa, pero a la fortuna de su padre se la consideraba cuantiosa. Solo tenía un hermano. El matrimonio con Leonor, al unir su riqueza a la de ella, le convertiría en uno de los hombres más poderosos. Sin embargo, ¡era tan doloroso el casarse con una mujer fea, habiendo tantas hermosas mujeres! Pero siendo como era un hombre del gran mundo, que ya había hecho varias conquistas, y estando quizá hastiado de las aventuras que tanto le costaron, debía preferir el dinero a la ilusión. Ese matrimonio, que su inteligencia lo consideraba como un gran acierto, debería realizarse pronto. Tal vez perdió mucho tiempo en dudas inútiles y estériles vacilaciones.

Por los salones corrió una ola de emoción.

—¡Ya viene!

—¡Ya llega!

El cortejo hizo una entrada triunfal.

Derramando belleza, "Miss Universo" apareció. Y las hermosas mujeres que formaban su Corte constituían una guirnalda de encanto. La vida adquirió una sonriente gracia y la fantasía arrebató a los corazones.

Se inició el baile. La pareja primera estuvo formada por "la reina" y el Alcalde de la ciudad. Luego las damas de la Corte sirvieron de compañía a los más eminentes per-

sonajes, y finalmente, la mayor parte de la concurrencia se unió en parejas bajo el hechizo de la orquesta primera, cuya cascada musical derramaba sonos de dulzura a través de los espléndidos salones.

Mientras seguía los compases de la danza, Gustavo miraba a Leonor con singular intensidad. Entre tantas damas fascinantes, ella, no obstante el lujo de su traje y lo costoso de sus joyas, quedaba en una desairada situación. El escaso atractivo de su juventud, formaba un fatídico contraste con el sortilegio que se desprendía de los rostros cautivadores. Sintiendo un íntimo desengaño. Gustavo hacía esfuerzos para adoptar una actitud de amante, pero acaso lo intuitivo de Leonor captaba la intimidad de él, porque la muchacha tenía un aire de fastidio, una reacción de disgusto y una mirada de hastío que le dejaron desconcertado.

Cuando terminó la pieza, se interpuso entre los dos un abismo espiritual. Algunos instantes permanecieron mirándose como extraños, y quizá hubo un momento de profunda intensidad humana, durante cuya brevísima duración ambos se preguntaron como era posible el que pretendieran unirse para toda la vida. Un murmullo de carácter afectivo le advirtió a Gustavo que tal vez cometería un error, al querer enriquecerse más mediante el matrimonio, pero de inmediato la voz de la sensatez respondió en el interior suyo que el dinero era lo importante en la vida, y que si aspiraba a triunfar con plenitud, debía vender a un alto precio su persona.

De un modo indolente arrastró a la pretendida novia hasta el saloncito de los licores. Ella, —muy correcta,— no quiso beber whisky ni coñac. Pidió un delicioso refresco, pero él, que estaba bajo el influjo de la ansiedad, tomó de seguido algunas copas, con harto disgusto de Leonor, a quien le alarmó la posibilidad de que su "novio" se emborrachara. Hubo una corta disputa entre ellos. Muy disgustada, Leonor solicitó que la dejara en la mesa que ocupaba su familia, y él, aburrido y casi avergonzado, se apresuró a complacerla.

La fiesta se desarrollaba en un ambiente de insuperable distinción y refinada elegancia. La realidad casi superaba a la ilusión. Pero en medio de esos alardes de riqueza y poderío, tenía Gustavo un intenso malestar. Para todas las muchachas era el novio de Leonor, y este hecho bastaba para que le fuera difícil el colocarse en actitud seductora fren-

te a otra mujer. El íntimo malestar fue tan intenso, que se arrepintió de haber concurrido al baile, y creyó que estaría mejor en su elegante residencia, gozando de un tranquilo reposo. Estuvo a punto de abandonar los salones, pero en el momento justo en que se disponía a salir, hubo "algo" muy íntimo y extraño que le detuvo.

¿Qué pasaba? ¿Qué sucedía?

Surgió lo inesperado en los salones. Con sorprendente velocidad corrieron los murmullos. Fue como si se hubiera erguido una inmensa interrogación. La curiosidad voló a través de los ojos y los labios. Tenían los hombres un semblante de sorpresa, y en las miradas femeninas flotaba el arrobamiento, sutilmente combinado con la envidia.

Inquiriendo a dos o tres amigos, Gustavo supo que la causa de aquella inquietud era una mujer, cuya belleza resultaba tan impresionante, que casi semejaba una creación de la fantasía.

—Debe ser norteamericana, — dijo un gallardo caballero. — La oí hablar en inglés.

—Yo creo que parisiense, — contestó otro señor del gran mundo. Dijo algunas frases en francés.

—¿Ustedes se refieren a "Miss Universo"? — preguntó Gustavo bajo el impulso de la curiosidad.

—¡No!, — le respondió alguien. — Se trata de otra.

—¿De quién?

—No lo sé.

Llevado por un móvil que algo tuvo de enigmático, siguió en sus averiguaciones, pero las respuestas que escuchó le dejaron confundido. Una dama le dijo que aquella hermosísima mujer pertenecía a la Corte de "Miss Universo", pero a su vez, una de las muchachas de cortejo le aseguró que esa mujer sin igual era desconocida por la "reina", no formaba parte del acompañamiento suyo, y que sin duda era hija de algún potentado de la ciudad. Fue el caso que a la desconocida, los habitantes del Puerto la creyeron extranjera, y los extranjeros recién llegados la juzgaron nacional.

—Debe ser berlinesa, — dijo un alto comerciante. — Estuve un momento con ella, y me habló en alemán.

—Yo creo que es romana o florentina, — respondió un célebre político.— La oí hablar en italiano.

La confusión aumentó. ¿Inglesa, francesa, italiana o alemana? Cada cual atribuía a la desconocida una patria distinta, y hubo una muchacha seductora, avispada y traviesa, que aseguró enfáticamente que también ella habló con la dama incógnita, y que debía ser española, a juzgar por su modo correctísimo de hablar el castellano. En medio de las opiniones distintas, se destacó el hecho impresionante de que nadie conocía a la misteriosa mujer. Surgió después la realidad de que el interés despertado por "Miss Universo" sufrió un serio quebranto, porque su brillo quedó opacado por los irresistibles resplandores de la adorable desconocida.

Venciendo serios obstáculos y múltiples dificultades, Gustavo se aproximó al sitio en donde estaba la dama incógnita, rodeada de los hombres más notables y acaudalados de la ciudad.

La miró de cerca, y en un instante supremo creyó soñar. Se encontraba frente a una maravilla. Era cual si la reina de los cielos hubiera descendido hasta los salones del "Topacio", y fascinara con su belleza incomparable. El cuerpo de esa única mujer, superaba en perfección y armonía al de las diosas griegas. Su rostro tenía algo de portentoso. Era de un hechizo cercano a lo moreno, pero cuyo sortilegio hacía estremecer. Por un fenómeno desconcertante, Gustavo tuvo la extraña impresión de que "había visto" a la mujer sin igual. Sí, él la contempló, pero ¿dónde?, ¿cuándo?

¿Cuándo? ¿Dónde? Imposible recordarlo. Mas, en lo íntimo de su alma, sintió que "debía" acercarse a la desconocida, venciendo todos los obstáculos. Le sería difícil alcanzar su deseo, porque ella estaba rodeada de los hombres más importantes de la ciudad, quienes parecían haber olvidado a sus novias y esposas, y encontrarse aprisionados por un potente sortilegio.

Sonó una pieza de moda, y fueron tantos los que quisieron bailar con la sorprendente dama, que ella se vio en dificultades. Al fin tomó por pareja a uno, escogido al azar, y se alejó al ritmo de la danza. Gustavo siguió a la pareja. El mirar el baile ejecutado por ella, resultaba un espectáculo fascinante. Lo hacía de un modo "distinto" a las demás mujeres. No habría podido explicarse en dónde estaba la di-

ferencia, pero de aquel olímpico cuerpo fluía una gracia, se desprendía un donaire y brotaba un encanto, que dejaban cautivado al corazón. Sí, era natural el que existieran mujeres hermosas. En el Puerto habitaban bastantes muchachas lindas, cuya triunfal juventud daba ilusión y dulzura a la vida. Pero era el caso de que la desconocida no podía ser comparada con ninguna.

Bajo el influjo de una emoción tremenda, Gustavo siguió a la pareja. Le fue difícil el mantenerse cerca de ella, y ante los esfuerzos que hacía para lograrlo, muchas personas miraron con sorpresa su actitud singular. De aquel traje negro de la enigmática dama, parecía irradiar una poderosa magia. De aquella silueta entre todas magnífica, se desprendía la íntima esencia de la belleza, y resultaba vano el imaginar que otra mujer tuviera una fascinación comparable a la suya. ¿Cuál era el secreto de ese atractivo soberano?

La pieza terminó y Gustavo hizo los mayores esfuerzos para llegar junto a la dama, con la esperanza de obtener que ella fuera su compañera en la próxima pieza. Pero cuando ya se encontraba cerca, sonó una nueva ejecución musical, y Gustavo miró, casi con desesperación, cómo ella se alejaba entre los brazos de otro hombre.

El mundo interior de Gustavo había sufrido un desequilibrio desde el momento en el que miró a la mujer incógnita. La imagen de Leonor casi fue extinguida. La seducción de las otras muchachas se tornó tan leve que pareció no existir, y él fue sintiendo cierto asombro ante la conducta suya. Porque en otras fiestas solía ofrecer sus atenciones a una y otra, mientras que en esa recepción de gala estaba cual un sonámbulo, con todas sus facultades anímicas dirigidas hacia una mujer para quien era un desconocido. ¿Pero no la vio alguna vez en algún sitio, ya perdido entre los recuerdos?

Ebrio de emoción observó cómo la pareja iba aproximándose al sitio en donde estaba. Hizo cuanto le fue posible para que la gran dama lo viera, y como si la suerte acudiera en su ayuda, ella lo miró, y al fijarse aquellas arrobadoras pupilas en él, una tierna sonrisa, —sonrisa de dulzura inefable,— brotó en los luminosos labios. Con una desbordante energía, surgió la esperanza. Aún a riesgo de hacer un desairado rol, Gustavo siguió a la pareja. El ha-

cerlo le trajo como inevitable consecuencia algunos leves disgustos. Hubo un momento en el cual se encontró brusca-mente con Leonor, quien le dijo mediante un ademán que se acercara, pero él fingió no comprender, y siguió insis-tiendo en su afán de un modo que tuvo los caracteres de lo obsesivo.

Calló la orquesta primera, y Gustavo casi se precipitó hacia la dama, pero llegó con un instante de retardo. Ya otro hombre la había tomado del brazo, y esperaba la eje-cución de la segunda orquesta para bailar.

A través de los salones volaron las serpentinas del vals, y ante lo estéril de su nueva tentativa, Gustavo sintió una honda depresión. Se dijo que no lograría acercarse a la da-ma incomparable, y tuvo el deseo de abandonar la fiesta. Pero así como anteriormente le había sucedido, un móvil singular lo retuvo en los salones. A pesar de que tenía mu-chas amigas, —¡era tan conocido en el Puerto, debido a su alta posición social!— no sintió deseos de bailar con nin-guna, y menos aún de aproximarse a Leonor, quien parecía haber perdido interés, no obstante la magnitud de su ri-queza.

Abrumado, sin comprender claramente lo que le suce-día, Gustavo se dirigió a la sala de los licores y tomó algu-nas copas, con uno y otro amigo. Dos o tres de ellos le en-contraron "raro" y quisieron saber qué le pasaba. ¿Cómo explicar lo que ocurría, si él era incapaz de comprenderlo? Se limitó a dar respuestas evasivas, mientras ansiosamente buscaba un alivio artificial en los licores.

Casi mecánicamente volvió al salón central, y en un momento inesperado, —que sin duda fue portentoso,— su-cedió lo increíble. La maravillosa dama pasó junto a él lle-vada por su pareja. Lo miró, y sus ojos infinitos le dijeron que la buscara al final de la pieza. Ese decir silencioso, pe-ro que tenía una fuerza irresistible, fue acompañado de la sonrisa más hermosa y llena de gracia que vio en su vida.

—“¡Ha llegado la gran pasión! ¡El amor acaba de na-cer para tí!”— le dijo el murmullo de la sangre en lo pro-fundo de sus entrañas.

Cuando la segunda orquesta calló, pudo mirar con arrobamiento que ella lo esperaba. Se aproximó casi tem-blando. La dama dirigió una finas palabras de agradeci-miento al caballero que había sido su pareja, y aceptó la

compañía de Gustavo. Durante unos instantes de patética intensidad, permanecieron mirándose. Quiso Gustavo hablar, pero la emoción fue tan honda, que no pudo mover los labios. Únicamente una de sus manos oprimió a la mano de ella y quizá la dama correspondió a esa muda expresión de lo pasional.

La orquesta primera inició la ejecución de una hermosa pieza, y el baile comenzó. Por algunos instantes, el silencio los cubrió con sus pálidas ondas.

—Siento la impresión de que la he visto anteriormente en alguna parte, dijo al fin Gustavo a media voz. Quiso continuar, pero las palabras quedaron prisioneras en su garganta.

—Sí. En una o talvez en dos ocasiones estuve cerca de usted,— respondió la mujer incomprable, y Gustavo se conmovió al oír su voz. Del acento de la dama fluía una alada dulzura. En la boca suya, los vocablos adquirían un ritmo musical jamás escuchado.

—¿En dónde nos encontramos?— preguntó Gustavo ansiosamente.

—¿No recuerda? ¡Qué frívolos son los hombres!

—Le ruego que me ayude a recordar.

—La mejor ayuda para aproximarse a las mujeres, debe usted buscarla en su propio corazón,—respondió ella con una brumosa sonrisa.

—¿Fue en esta ciudad?— insistió él, de un modo casi automático.

—¿Y por qué no?— interrogó a su vez ella, evasivamente.

—A pesar que frecuento las fiestas y recepciones, no recuerdo haberla visto durante la última temporada.

—¡Es verdad que se divierte mucho!— respondió ella.

—¿Cómo lo sabe?

—Acaba usted de decírmelo.

—Tiene razón. Debo pedirle disculpas.

—¿Por qué? ¿Qué importancia tienen algunas palabras? ¡Los hombres cometen un gran error al tomar tan en serio a las palabras, cuando ellas casi nada significan!

—¡En ocasiones pueden expresarlo todo!— exclamó enfáticamente Gustavo.

—¿Lo cree usted así?— interrogó con suave ironía la

dama.— ¿Cómo pueden decir todo los hombres, si casi nada saben?

El quedó confundido. ¿En qué forma podía responder? Hubo en su interior un caos de ideas, y cuando la ansiedad se encontró a punto de vencerle, el corazón acudió en su ayuda.

—¡Por lo menos el amor sí puede confesarse con algunas palabras profundas!,— dijo conmovido.

Ella lo miró. Una misteriosa sonrisa fue vagado por sus labios.

—¡El amor!,— murmuró la dama. ¿Lo conoce usted?

—¡Acabo de encontrarlo!,— respondió Gustavo, y en ese instante habló la voz de sus entrañas.

—¿En dónde?

El quedó en suspenso. ¿Cómo podía contestar? El temor de hacer el ridículo estremeció a su ser. Sin embargo se movieron sus labios, cual si anhelaran el murmurar una confesión.

—Sí, comprendo lo que usted siente, —añadió ella.— ¡He visto a tantos hombres en un trance igual al suyo!

—¡Cuántos le habrán amado!,— exclamó casi involuntariamente Gustavo, y estuvo a punto de arrepentirse de lo que había dicho.

—¿Opina así?

—¡Usted no puede ser comparada con ninguna!

—Say la única, ¿verdad?,— dijo ella volviendo a sonreír.

—¡Más plena de gracia que todas las mujeres!

—¡Eso dice usted, que ha conocido a tantas!

—Pero es la primera ocasión que la admiro.

—¿No le dije que ya estuve cerca de usted?

—¡Le ruego me diga en dónde nos encontramos anteriormente!

—¿No le es posible recordar?

—¡Debió ser en otro país, durante alguno de mis viajes!

—¡Quizá! ¡También yo soy una viajera infatigable, porque tengo un palacio en cada una de las ciudades del mundo!,— dijo ella en son de broma.

—¡Talvez fue en Madrid!,— respondió riendo él.

—Acaso. Estuve en España hace algún tiempo. ¡Pasé muy bien en esa hermosa tierra!

—¿Pudo divertirse intensamente?

—¿Quién habla de diversiones?
—¿La amaron mucho? ¿Fué querida apasionadamente?
—Puede ser. Pero los hombres se desorientan conmigo.
—¿Por qué sucede así?
—¡Porque doy el amor que no se agota!
—¡También yo creo que el verdadero amor debe durar toda la vida!
—¿Lo dice así, sabiendo lo inconstante que son los hombres?

¡Con usted la inconstancia sería imposible!
—¿Lo siente así? ¡Pero si sólo soy una mujer!

Calló la orquesta, y a la dama se acercó un diplomático, para pedirle la próxima pieza. El sufrimiento se dibujó en las facciones de Gustavo, pero ella, sonriendo con una dulzura cautivadora, le dijo que muy pronto le concedería otro baile.

Casi de un modo mecánico, él avanzó al sitio de los licores y bebió ansiosamente, con la esperanza de encontrar alivio.

—¿Qué te sucede?, —le preguntó Jorge amablemente.
—Nada. Me siento bien.
—¡Estás con una cara rarísima!
—Será porque he bebido.
—¡Te vi bailando con la más hermosa! ¡Tienes suerte con las mujeres!
—¿Quién es ella?
—¡Todos lo preguntan y nadie la conoce! Sin embargo, muchos creen haberla visto, pero no recuerdan dónde.
—Lo mismo ocurre conmigo. Tengo la seguridad de que estuve cerca de ella alguna vez.

—¿Qué importancia tiene al que haya o no sucedido así? Después de algunos días ya no te acordarás de esa bella dama.
—¡A esa mujer es imposible olvidar!
—¿Quieres decir que te has enamorado?
—¡He sentido a su lado una emoción maravillosa!
—¿Es posible el que te haya cautivado en tan poco tiempo? ¡Tu que no te apasionas por nadie!

—Lo que no ha sucedido en muchos años, puede pasar en un instante. El mayor misterio para cada hombre, está en el fondo de su propia alma.

—¡La linda incógnita te ha trastornado! ¿Qué dirá Leonor cuando lo sepa?

—¡No me importa lo que ella pueda pensar!

—Debes mantenerte sereno. ¡Qué sorpresa! ¡La hermosa desconocida nos está mirando!

De un modo frenético, Gustavo se precipitó al lugar donde la dama estaba.

—Quiero cumplir la promesa que le hice,— dijo la encantadora incógnita, y con una cortesía finamente delicada se despidió del caballero que le había acompañado.

—¿Desea tomar algo?, — preguntó Gustavo.— ¿Quiéza una copa de champaña?

—Nunca bebo.

—¿Por qué?

—Conozco todas las embriagueces!,— respondió ella de un modo picaresco.

—¿Un cigarrillo?

—No fumo. Prefiero bailar.

Iniciaron la danza. Por breves instantes permanecieron en silencio.

—Hasta ahora no me he presentado, — dijo Gustavo bruscamente.— ¡Que mal educado soy!

—Al contrario, — contestó ella.— Usted es correctísimo. ¡El perfecto hombre del gran mundo!

—¿Se trata de una ironía?

—No, ¿por qué? Además, yo le conozco. Usted es Gustavo Esparza, comerciante afortunado y dueño de uno de los almacenes más lujosos de esta ciudad. En el círculo de sus amigos hay la creencia de que usted agrada a las mujeres. Lo he oído decir en muchas ocasiones.

Olvidando la gentileza de sus palabras, que son únicamente una bondad suya, lo que acaba de decir indica que usted ha vivido aquí, por lo menos en el último tiempo.

—Tal vez.

—¡Sin embargo yo no he tenido la suerte de encontrarla!

—¿No recuerda aún dónde me vió de cerca?

—Hago esfuerzos, pero no logro precisar en qué lugar fue. ¿Estuvo hace poco en Cuba?

Sí. ¡Me tocó pasar por intensas emociones!

—¡Quizá nos conocimos en La Habana! Fuí a esa hermosa ciudad, pero tuve que salir cuando se volvió muy violenta la guerra civil.

—¿Por qué hablar de una lucha terrible, cuando estamos en una espléndida fiesta?— preguntó la incógnita con un acento de reproche.

El quedó desconcertado. Por un leve instante miró a las pupilas de ella, y hubo en todo su ser un estremecimiento. La dama bailaba de un modo sin igual. Era como si se deslizara en el aire. Parecía que su cuerpo tuviera alas. Y de ella emanaba un aroma delicioso, distinto de los perfumes que suelen usar las mujeres.

—¡Aún no me ha dicho cómo se llama!,— exclamó Gustavo, y su acento tuvo la entonación de una queja.

—¿Quiere saber mi nombre?,— preguntó ella, con voz traviesa.

—¡Naturalmente!

—¿Y si le dijera que no tengo nombre?

—Significaría que no quiere decírmelo.

—¡Soy la mujer sin nombre!

—¡Delicioso! ¿Lleva usted su deseo de ser original hasta ese extremo?

—¿Y usted olvida tan fácilmente?

—¿A qué se refiere?

—¡A que usted conoce mi nombre!

—¿Yo? ¿Dónde fuimos presentados?

—¡Si hace un esfuerzo lo recordará!

—Pudo ser quizá en alguna de las grandes ciudades: París, Londres o Berlín. . .

—Ya va orientándose! ¡Hace algún tiempo pasé una temporada apasionante en Europa!

—¡Y yo tuve que regresar en una forma rápida debido a la guerra!

—¡Insiste usted en referirse a las cosas atroces! Todavía es joven; se encuentra en aquella edad que es la más interesante en los hombres, y debe mirar a la vida a través de la alegría.

—Creo que generalmente estoy contento.

—¡Magnífico! Será un buen esposo. ¿Por qué no se ha casado?

—¿Esperaba a la mujer sin nombre! Aquella que por ser única, no puede ser llamada con denominación alguna.

—¡Que gentil! Pero usted ya tiene algo semejante a un compromiso. ¿No se llama Leonor?

El quedó perplejo. ¿Cómo sabía las intimidades de su vida?

—¿Quién se lo dijo?,— preguntó con asombro.

—El mundo parece grande, pero en realidad es pequeño. ¡Todo se descubre!

—Con la persona a quien se refiere no existe en realidad un noviazgo, y la prueba le consta a usted: no estoy al lado de esa dama, encontrándose ella aquí.

—¡Se sentirá celosa!

—No lo crea. ¡Hay otros hombres para quienes Leonor resulta interesante!

—Lo comprendo. ¿A usted no le importaría que se casara con otro?

—No. ¡Hoy menos que nunca, porque acabo de encontrar a mí propio corazón!

—Que emocionado está!

—¿Y quién dejaría de estarlo junto a usted?

—¡Que fino es! ¡Con razón cautiva a las mujeres!

—¡Sólo quiero conquistar a una!

—Ella no lo acepta, pero tampoco lo rechaza.

—¿Debo esperar?

—¡La esperanza es el fuego sagrado de la vida! ¡Un día no lejano ella lo tendrá entre sus brazos!

—¡Maravilloso! ¡Nunca hubiera creído merecer tanta felicidad! Calló la orquesta de turno, y la dama aceptó ser pareja de otro hombre para la próxima pieza.

Tuvo Gustavo la impresión muy profunda de que jamás se sintió tan dichoso, o tal vez de que hasta esa noche había ignorado lo que significaba ser feliz. Todos los años hasta entonces vividos le parecieron inútiles, vacíos y tristes, no obstante el dinero que derrochó y los viajes que había realizado por Europa y América. La desconocida le había dado la más bella de las esperanzas, y el empeño en ocultarle su nombre sólo era una coquetería de mujer. Un recurso para volverse más interesante.

Ebrio de gozo fue a la cantina. La suerte quiso que encontrara a su íntimo amigo.

—¡Que cambiado estás!,— exclamó sorprendido Jorge.— ¡Pareces un hombre distinto! ¡Como se ha operado una transformación en tí durante tan poco tiempo!

—¡Me ha sucedido algo extraordinario!

—¿Has logrado cautivarla?

—¡Quizá! ¡Me ha dado la promesa hermosa!

—¡Eres un hombre afortunado! ¡Y Leonor me preguntó por tí!

—¡No debo acercarme a ella! ¡Desde esta noche será como si no existiera!

—¡Creo que te has enamorado! ¡Me sorprende que haya sucedido así con tanta rapidez! ¡Te doy la razón, porque esa dama es mejor que ninguna!

—Parece que comenzara a vivir. ¡Trabajaré para ella con mayor entusiasmo que nunca! ¡Juntos viajaremos! ¡Y que hermoso será nuestro primer hijo!

—¡Vas muy de prisa! Por lo mismo que ella es tan cautivadora, debes hacer un esfuerzo para conservarte sereno.

—¿Cómo puedo mantener la calma? ¡Necesitamos whisky!

—¡Brindo por tí! ¡Deseo que hayas encontrado la felicidad!

—Sé que lo dices sinceramente, y te doy las gracias. Hubo una pausa.

—La fiesta ha resultado un homenaje para tu adorable desconocida,— dijo sonriendo Jorge,— ¡Con su presencia opacó a "Miss Universo"!

—¡No hay comparación entre las dos!

—¡Y fuiste tú quien ganó el premio mayor! ¡Me alegra el que lo hayas obtenido!

Avanzaron hasta el salón central. Reflejando toda su emoción en la mirada, Gustavo buscó a la hermosa, y hubo angustia en él al no encontrarla.

—¿En dónde está ella?,— preguntó anhelante.

—No la veo,— respondió Jorge.

Por algunos instantes, la dama pareció haber sido un sueño. Fue cual si se hubiera desvanecido entre las enredaderas de la fantasía.

—¡Búscala!,— exclamó Gustavo, y hubo angustia en su voz.

—Ya la encontraremos, — contestó el amigo— ¡No pierdas el equilibrio espiritual!

Fueron caminando lentamente. ¿Dónde estaría la dama? Gustavo alcanzó a divisar al caballero que solicitó a la mujer incógnita que fuera su pareja, pero él estaba solo. Quiso acercarse a fin de preguntarle por ella, pero tuvo un vago temor. Apenas conocía a ese hombre, y quizá le daría una mala impresión.

De un modo involuntario, se sintió casi desesperado. De pronto toda su vida le pareció inútil, vacía, estéril, y habría querido desaparecer. En su afán por encontrar a la belleza incomparable, se apartó de Jorge y anduvo con cierta rapidez por los salones. Pasaron momentos de una ansiedad sin límites. ¿Cuál era el secreto de la fascinación irresistible que la dama ejercía sobre él? Gustavo no podía comprenderse.

—“Es el amor” — murmuró la más dulce voz de su alma.

Resultaron vanos los esfuerzos. La desconocida tal vez se fue. Las promesas que le hizo, acaso fueron una broma. ¿Cómo preguntar por ella, de que modo buscarla en la ciudad, si ignoraba el nombre suyo y no tenía dato alguno sobre el lugar de su residencia? Cuando el sufrimiento era mayor, oyó una voz que le hizo estremecer.

—¿Quiere que bailemos la próxima pieza?, — preguntó la adorable mujer.

¿Cómo fue posible? ¡Ella estuvo a su lado, y él no se dio cuenta!

¿Qué le sucedía? ¡Su proceder era el de un niño!

—Le estaba buscando, — dijo Gustavo a media voz.

—Naturalmente. Lo comprendí. Por eso me acerqué.

—¿En dónde estuvo?

—Tuve una ocupación urgente, cerca de aquí. Me ausenté por un tiempo muy corto.

—Creí que se había ido y que no volvería a encontrarla.

—¿Imposible dejarlo? ¡Yo siempre cumplo mis promesas! ¡Las mujeres no somos tan frívolas ni falsas como los hombres nos juzgan!

Se pusieron a bailar y de nuevo resplandeció la esperanza en el alma de Gustavo, con su más inefable luz. En

ese instante la necesidad de saber algo acerca de ella, surgió imperiosa.

—¿Dónde vive?,— le preguntó a media voz.

—¿Por qué nos acusan a las mujeres de ser curiosas?,— interrogó la dama con una sonrisa adorable.

—Por lo que podría pasar, es indispensable que yo sepa el lugar de su residencia,— añadió Gustavo, queriendo justificarse.

—¡Pero si usted lo conoce!,— respondió ella radiante.— ¡Lo ha visto muchas veces!

—¡Son tantas las mansiones que conozco! ¿Cuál de ellas es la suya?

—Espere. Pronto la verá.

—¿Me lo promete?

—Sí. No conviene la precipitación cuando se trata con mujeres. ¿Cuándo aprenderán a comprendernos los hombres?

Sintiéndose desconcertado, Gustavo calló. En aquel silencio de intensidad profunda, hablaron sus manos. La derecha oprimió a la mano de ella con una pasión ardiente, mientras la izquierda se deslizó a través del talle femenino con una flamígera voluptuosidad.

Fue deslizándose el tiempo con dulzura. Cuando se atenuó el emotivo arrebato, Gustavo estuvo de nuevo torturado por el "deseo de saber" y aún a riesgo de que ella no tomara con agrado sus palabras, le dirigió una interrogación.

—¿Vino sola?,— dijo a media voz.

—Yo siempre y nunca estoy acompañada,— contestó la dama, con la sonrisa que sólo ella podía lucir.

—¿Es una broma?

—Tal vez. ¿Qué opina usted?

—Hice la pregunta por el deseo que tengo de estar junto a usted hasta cuando sea posible.

—Y yo estará. Entre los dos, no tendrá el tiempo importancia alguna.

—Viviré sólo para usted. Lo digo de todo corazón.

—Le creo y acepto su promesa.

—¡Será el triunfo del amor!

—¡Del amor infinito! ¡Es emocionante el oír a un hombre hablar así!

Entre ellos se insinuó el abrazo, y aún los labios quisieron aproximarse. En Gustavo hizo explosión la felicidad.

Surgió una larga pausa.

—¿A qué hora podríamos encontrarnos mañana?— preguntó él, y fue anhelante su voz.

—Volveremos a vernos,— respondió evasivamente ella.

—¿Dónde la buscaré?

—No hará falta que me busque. Seré yo quien vaya hacia usted.

—¿Me lo promete?

Sí. ¡No debe dudar de lo que digo!

—De ningún modo; ¡pero mañana estaré ansioso de verla!

—No será posible el que tan pronto estemos de nuevo juntos.

—¿Pasará usted ocupada?

—Aunque no lo crea, le aseguro suelo tener mucho trabajo.

—¿Qué clase de actividades son las suyas?

—¡Adivínelas!— exclamó ella sonriendo.

—¡No puedo ni siquiera imaginar!

—Es un tipo de trabajo que usted conoce.

—¿El comercio, quizá? ¡Acaso importa joyas y trajes de lujo para venderlos a las damas!

—¡También tengo bastante para los hombres, y los prefiero siempre que puedo!

—¿Algo de aquello me ofrecerá a mí?

—¡Naturalmente!

—Por ejemplo un lindo anillo, que lo llevaré toda mi vida como el símbolo de que estaré unido a usted de un modo indestructible.

Ella no respondió, pero una cautivadora sonrisa resplandeció en sus labios.

En ese momento pasó junto a ellos "Miss Universo", acompañada de varios hombres y de algunas muchachas de su Corte. Pero la hermosa desconocida la miró con desdén, y no manifestó el más leve interés por acercarse a ella. Era evidente que la mujer incógnita no pertenecía al grupo de la que fue elegida en un galante torneo internacional.

—¡Usted es infinitamente superior a ella!— exclamó Gustavo, y hubo una cálida emoción en sus palabras.

—¿Lo cree así?— preguntó la dama, con una picaresca sonrisa.

—¡Daría mi vida por sostener tan seductora verdad!

—¿Le gustaría darme su vida?
 —¡Gustoso derramaría por usted toda mi sangre!
 —¡Me encanta el oírle, porque muchos hombres no estarían dispuestos a ofrecerme tanto!
 —¡Significa que yo la amaré más que ninguno!
 —Yo tomo su amor, y usted podría cumplir su oferta.
 —¡Que dichoso me hacen sus palabras!
 Un emotivo silencio los envolvió con su manto.
 —¿Conoció usted a "Miss Universo" antes de ahora?—
 preguntó Gustavo, al influjo de una singular curiosidad.

—Por supuesto, — respondió la dama.— Sé bastante no sólo sobre ella, sino también de su familia.

—Es como si usted lo supiera todo, repuso él, con un breve desconcierto. Y luego, cual si quisiera halagarle, añadió:— ¡Usted debería ser la reina del mundo!

—¿Y si lo fuera?— respondió ella, en son de broma.
 —¡Me encantaría!
 —¡Imagínese que lo soy!
 —Para mí es mucho más que soberana del Universo!
 —¡A veces los hombres aciertan!— exclamó la dama y por primera ocasión tuvo un sonoro reír, que para él fue una prueba de que la broma continuaba. Cuando la explosión de alegría pasó, ella dijo:— ¡Esa "Miss Universo" será tan efímera!

—¡Así suelen ser esta clase de galantes torneos! ¡En cambio su personalidad y belleza se conservarán a través del tiempo!

—¡Usted vuelve a tener razón! ¡En ocasiones los hombres presentan momentos de sorprendente lucidez!

—Mis aciertos se deben al hecho de que le hablo con el corazón!

—Estoy seguro de que es así.

—Si usted lo afirma, debe creer que nos ha unido el destino.

—¡El destino! ¡Lo conozco!

—¿Cómo es?— preguntó él, retornando hacia la broma.

—¡Los hombres no lo comprenden!

—¿Y las mujeres?

—A veces lo tenemos en lo profundo de nuestras entrañas, pero lo dejamos pasar.

Siguiendo a la primera orquesta, iniciaron una danza. Ella bailaba con elegancia insuperable, y hubo un instante de maravillosa emoción en el cual Gustavo creyó encontrarse indisolublemente unido a la dama, casi formando parte de ella, y aprisionado de un modo absoluto entre las redes de su encanto. Habría deseado que ese dulce vals no terminara.

—Ya es tarde,— dijo ella, cuando la pieza concluyó.— Debo marcharme.

—Permítame que le acompañe.

—Sería mejor que no lo hiciera. Pronto nos volveremos a ver.

—¿Se va sola?

—Deben esperarme cerca de aquí.

—¡En ese caso, deseo vivamente acompañarla!

Ella repitió que no insistiera, pero él se empeñó en una forma anhelante, ya que sentía desesperación por conocer la residencia de la dama. Así podría buscarla ese mismo día, durante las horas del atardecer.

—Bueno, venga conmigo,— dijo ella al fin.— No olvide que saldremos juntos debido a su afán en acompañarme.

Abandonaron los salones, cuando la fiesta se encontraba aún en su plenitud. La salida de la dama despertó una intensa curiosidad. Muchos hombres y bastantes mujeres se interesaron por mirar a la desconocida, y varios de los caballeros vieron a Gustavo con ojos de envidia.

Ocuparon el lujoso automóvil que él poseía. Encontrarse a solas con la incomparable mujer, fue para Gustavo una emoción sin límites. Sintió que jamás estuvo tan dichoso. Mientras rodaba el carro por las calles, creía cruzar por una ciudad imaginaria, ya que todo adquirió un aspecto nuevo. El Puerto se transformó en una urbe portentosa, como si sobre él cayera toda la gracia del mundo.

Sobre la realidad derramaba la Luna sus claridades de ensueño. Volaba la fantasía, creando con su hechizo a lo maravilloso. Mediante leves indicaciones la dama orientaba la marcha del carro. Junto a ella, Gustavo estaba sumergido en la portentosa fuente de un milagro. Parecía imposible el que la dicha humana pudiera ser tan perfecta. La había conquistado, y esa mujer sin igual, que estaba aún más bella al ser bañada por la pálida luz de la noche sería

la compañera suya en la erranza por la vida, y le daría una felicidad que ningún hombre pudo alcanzar.

Los dos murmuraron inefables palabras. Los labios se aproximaron, juntándose al fin en el beso sublime.

—¡Yo te daré el amor eterno! ¡Junto a mí conocerás la existencia profunda!— le dijo dulcemente la magnífica mujer, y su voz pareció venir desde el Infinito.

Transcurrieron algunos instantes de pasión.

—Debo quedarme aquí,— exclamó ella.

El carro se detuvo. La dama descendió con la suavidad de un ángel.

Llevado por una ansiedad sin nombre, Gustavo quiso mirar la residencia o el hotel donde entraría. Sus pupilas se fijaron anhelantes en el lugar hacia el cual se dirigía, pero cuando vio ese sitio le estremeció el terror.

—¡Hasta pronto!,— dijo la voz de ella, y su adorable mano hizo un ademán de despedida.

La mujer entre todas las mujeres, se acercó al gran cementerio de la ciudad. A la augusta mansión de los difuntos, que en ese momento atroz pareció adquirir una vida mágica. La dama atravesó la gran puerta de acero que estaba cerrada, y su maravillosa silueta fue perdiéndose entre las avenidas de los sepulcros.

—¡Santo Dios! ¡Ella ella es la muerte! ¡Ya está muy próximo mi fin!— exclamó Gustavo, con trágica desesperación.

Y todo su ser quedó frío de espanto.